

Andrés Freire. Nos cuenta su trayectoria como dibujante y pintor autodidacta.

1. “Yo siempre fui un hombre de **pequeños utensilios de trabajo**. Primero dibujé a **lápiz**, en blocs que sufrían las consecuencias del paso de las manos, el roce del papel superior.

Y pasé a la **plumilla**, directa, natural por su extraordinaria fijación y rápido secado. Para ello tuve que **inventar “algo”**. **Adaptar a una pinza** –la que a su vez me servía de sujeción de la cartulina al soporte- **un tubo para colocar en él aquella especie de cargadores de las bigoterías** de dibujo lineal. Siempre me recordaron una miniatura de las bombonas de oxígeno comerciales.

Con este **pequeño artilugio** podía mojar con facilidad y poner la cantidad precisa de tinta en la plumilla, en realidad una pluma de escritura, adaptada a un palillero, recortado, para que ocupara menos. La pluma, magnífica, no encontré otra igual, era IRIDINOID, inglesa, de las que usábamos para hacer palotes de pequeño.

Y todo lo llevaba en una **pequeña cajade** un tamaño mitad de una funda de gafas. Allí dos “bombonas”, goma de borrar, plumas derepuestas, aunque os aseguro que eran eternas y una cuchilla de afeitar”.

2. “Ahora me viene a la memoria **la primera caja de acuarelas** que mi hermano Quinín me trajo de regalo, con el nombre grabado en una chapita en la parte superior, ¡Cuánto disfruté con ella! Empecé a salir al campo en Cobas. Pintaba cuanto veía. Conservo aquel primer bloc que es un verdadero tesoro: allí la vieja Iglesia de San Martín rodeada de añosas acacias, palleiros y corredoiras, los pozos cubiertos y cerrados...

Tenía predilección por uno que era un **pino cortado, junto a otro entero**, en el que había puesto un especial empeño en pintar las hierbecillas que lo rodeaban: helechos, silveiras, menta...

Mirad por donde un día leí una cita de Miró, que ahora acompaña al cuadro, que decía: *“...La alegría de aprender a entender una delgada brizna de hierba en un paisaje. ¿Por qué menospreciarla?... Es tan fascinante como un árbol, una montaña. Fuera de los primitivos y los japoneses casi todo el mundo desprecia algo tan divino. Descubrir una brizna de hierba y ser más pequeño que la más pequeña de las cosas para poder verla, esa es la capacidad y la condición del poeta”*

3. “Todo esto, lo sustituyó **este pequeño invento**, la **Flomaster**, que ha sido mi fiel compañero desde que lo descubrí en los ¡ay! Lejanos años cincuenta.

No es un simple rotulador. Tiene una válvula aspirante-impelente que al pulsar el fieltro deja entrar el aire y deja bajar la tinta, de ahí la peculiaridad y la dificultad de su utilización, porque la bajada de tinta no es instantánea sino a través del fieltro.

Hay que adaptarse a él, como ese burro que no quiere andar y de repente arranca, y hacer las cosas cuando él quiere: ahora negro intenso, ahora gris, ahora más cargado, ahora más pálido. Así, de manera desordenada, desorganizada y no como es tradicional o parece lógico, de arriba abajo y de derecha a izquierda para no manchar ni sobar lo pintado. Así, hasta el final.

Miró decía del negro: *“Me obsesiona el negro. No hay ningún color que tenga tantas calidades y matices. Quizá por ello, me gustan más litografías que hago en blanco y negro que las de color. El negro es el paraíso de la pintura. El principio y el fin. El color es siempre algo adicional a una estructura bien trabada de negro sobre blanco”*

“Este aparato reúne, entre otras cualidades y después de experimentarlo más de cincuenta años, las siguientes: es robusto, todo metálico, muy fuerte, no rompe ni cayendo de una altura elevada. Se carga con facilidad. Seca instantáneamente. Tiene permanencia. Cubre grandes extensiones gracias a distintos fieltros que se le adaptan. Y se consiguen calidades extraordinarias. Y es facilísimo de transportar llevando además en su gran depósito tinta suficiente para más de un día de dibujo continuo. ¿Se le puede pedir más? Pues sí, os diré. Para el dibujo rápido es vicioso y agradecido. Responde siempre y terminado el dibujo, se contempla, se guarda, y en paz, porque no tienes que secar ni fijar nada. Pero para mí con una condición: que sea espontáneo, limpio y sin enmiendas ni raspaduras (que no las admite porque si el trazo es fuerte penetra en el papel). En fin, como los buenos escritos en los que “escuchas” al autor, o como los versos que cuando los oyes bien recitados parece que llenan de emoción el alma”.

4. “En el dibujo, como de cualquier rama del arte, la simplicidad es fundamental. No se trata de atiborrar el papel de rayas. Hay que conseguir el equilibrio en lo sencillo. Resolver cosas a veces complicadas, con poquísimos trazos.

Os pondré ejemplos: el Pórtico de la Gloria tan lleno de santiños; la fachada de Platerías con aquel juego y composición tan maravillosa de arcadas, columnas, santiños adosados... o la fachada del Hostal de los Reyes Católicos, tan compleja: larguísimas balconadas, escudos, gárgolas; gran cadena labrada, una auténtica maravilla en piedra: Y todo como os decía, con poquísimos trazos, los necesarios y suficientes para que aquello que brota del papel, como un milagro, esté vivo, te produzca emoción y no te deje insensible”

“¿Y por qué produce emoción, la línea, el lograr este efecto con casi un esquema limpio? Pienso, os lo digo honradamente, porque es la satisfacción de la auténtica creación. Lograr hacer algo de nada o casi nada lo que logra ese placer. Conseguir ver

tú allí, tú obra y hacérselo ver a los demás, con poquísima materia o apenas unos trazos es una verdadera creación”.

5. “Estos dibujos son pura nostalgia y fruto del deseo de hacer míos de una vez y para siempre, aquellas calles, plazas, y rincones monumentales, en los que fui feliz y donde nació y viví el amor de mi vida.

Compostela es así, como la veis aquí y así es como la viví y llevo en el fondo de mi alma: como una pura e indescriptible vibración. Me alegraré si con ella disfrutáis tanto como cuando yo la realizaba”.